

130

... y estorbo, que quiere que yo  
sea todo por sus ojos, y no por los míos.  
Quiero que sepa como de él, y ojalá lo hubiera  
hecho antes. Pero mi orden me suena a  
tristeza recibida, que en este caso pueden ser  
muy convenientes... no... aguarda... mejor  
está que el Sarraceno encuentre un puñal en  
su calabozo, y es probable que haga uso de  
él cuando sea capaz de pagar con la moneda.  
— Eso puede dar otro colorido al lance.  
— ¿Jijo el marqués, pero...  
— Pero, ¿jijo el Templario, es palabra de  
pecior. El hombre de eso ni veía, ni se  
trata; sino que resaca y cuenta...

131

... de la república de Venecia, creyendo que  
una trama de restablecer la paz se había  
milis; y habiéndose ya calmado la agitación  
que en el alma producido la pérdida de la  
barbaria, se halló dispuesto a indagar con  
madurez y sangre fría las circunstancias de  
aquél suceso; y las relaciones que existían  
entre su prima Edith de Plantagenet, y el ex-  
ballono del Escocia. Era la noche que se  
— Sr. Tomás de Vaux pasó a la tienda de la  
veces, y en su presencia, y en la de las damas  
de su estibamiento, expuso que el rey man-  
daba llamar inmediatamente a Lady Gyllis  
de Montgallie, para que se le presentara. —  
— ¿Qué se le va a decir cuando se  
cuenta de noche? Que he de responder a  
sus preguntas. Como es de natural...

CAPITULO VI.

Ricardo, desprevenido objeto de la negra  
traicion referida al fin del capítulo preceden-  
te, persuadido de haber estrechado los vín-  
culos que unian á los príncipes cristianos, y  
de haber arraigado en sus corazones los de-  
seos de llevar á cabo la gran empresa del res-



cate del sepulchro de Jesucristo, creyó oportuno tratar de restablecer la paz en su familia; y hallándose ya calmada la agitacion que en él habia producido la pérdida de la bandera, se halló dispuesto á indagar con madurez y sangre fria las circunstancias de aquel suceso, y las relaciones que existian entre su prima Edit de Plantagenet, y el caballero del Leopardo.

Sir Tomas De Vaux pasó á la tienda de la reina, y en su presencia, y en la de las damas de su servidumbre, expuso que el rey mandaba llamar inmediatamente á Lady Calista de Montgaillard, primera camarera de Berenguela.

— ¿Qué será de mí? dijo temblando la cuitada doncella. ¿Qué he de responder á sus preguntas? Capaz es de matarme.

— Nada temais, noble dama, repuso el baron; su magestad ha perdonado al caballero escoces, que era el reo principal; y le ha puesto á disposicion del físico sarraceno. No es posible que se manifieste muy severo con una dama, por muy criminal que sea.

— Saca de tu cabeza alguna historia peregrina, dijo la reina. Ricardo tiene sobrado que hacer en asuntos mas graves, y no irá á hacer otras indagaciones sobre la verdad.

— Referid el suceso como ha pasado, dijo Lady Edit, ó si no, lo sabrá de mi boca.

— Con la venia de vuestra magestad, repuso De Vaux, mi opinion es que se adopte en esta ocasion el acertado consejo de lady Edit: porque aunque el rey Ricardo dará entera fe y crédito á lo que vuestra magestad le diga, no creo que tenga la misma condescendencia con lady Calista, en el asunto de que se trata.

— El baron de Gilsland tiene razon, dijo lady Calista, cada vez mas agitada con la idea de su próxima conversacion con el rey, y ademas que aun cuando me fuera posible forjar alguna historia, creo que me faltaria presencia de espíritu, para contarla de manos á boca al rey.

Lady Calista fué conducida por De Vaux á la tienda de Ricardo, y, como se lo habia propuesto, le declaró paladinamente todo lo



que habia ocurrido, sin omitir la menor circunstancia de los artificios de que el pobre sir Kenneth habia sido víctima, disculpando á lady Edit, porque estaba segura que ella sabria muy bien hacerlo, y echando toda la culpa á la reina Berenguela, con cuyo nombre pensaba quedaria bastante escudada la imprudencia. En efecto, Ricardo era un excelente marido; era casi el amante de la reina. El primer ímpetu de su cólera habia pasado, y ya no era tiempo de reñir por lo que no se podia reparar. La diestra lady Calista, acostumbrada desde su temprana juventud á los manejos y enredos de palacio, y á espiar los gestos y las palabras de los personajes, corrió á la tienda de la reina, á prevenirle que Ricardo vendria muy en breve á hacerle una visita, añadiendo de su caudal un largo comentario, fundado en sus propias observaciones y conjeturas, de las que inferia que la intencion del rey era presentarse con aspecto severo, lo bastante para que Berenguela se manifestase arrepentida de su ligereza, en vista de lo cual el rey concederia su perdon

á todas las que habian tomado parte en el negocio.

— ¿ Piensas tú, dijo la reina, que el viento sopla ahora por ese lado? Pues cree que por grande que sea la autoridad del rey de Inglaterra, le ha de ser difícil intimidarme, pues como acostumbran decir los pastores de los Pirineos allá en mi amada Navarra: « muchos hay que van por lana, y vuelven trasquilados.»

Habiéndose enterado menudamente de todos los pormenores que Calista le comunicó, Berenguela se vistió con particular esmero, y aguardó sin recelo la venida del heróico Ricardo.

Al entrar este en el pabellon de su esposa, se halló en la situacion de un príncipe que penetra por una provincia sublevada, creyendo que arrepentidos los culpables sólo aguardan su presencia para ofrecerle su sumision, é implorar su piedad, y de pronto se halla con nuevas ofensas, nueva desobediencia y nueva insurreccion. Berenguela conocia el poder de su hermosura y de sus gracias; el imperio que ejercia en el corazon de su es-



poso, y la facilidad con que le reduciría á su propia voluntad, una vez que hubiera pasado, sin dejar trazas injuriosas, el primer ímpetu de su cólera. Lejos de mostrarse avergonzada y sumisa, mientras Ricardo la reprendía y amonestaba, tomó denodadamente la palabra para defender y justificar lo que habia hecho, como un juego inocente del cual nadie podia agraviarse. Negó con donosos subterfugios que Nectabano estuviese autorizado á sacar al caballero fuera del monte de San Jorge, y en esta parte lo realmente cierto, era que el enano no llevaba orden de introducir á sir Kenneth en la tienda de la reina. Berenguela insistió elocuentemente en esta parte de su defensa, y de aquí tomó pie para reconvenir al monarca por su dureza y crueldad, en rehusar á su esposa la vida de un desgraciado, que por ella sola se habia comprometido, y habia faltado á su deber. Lloró, suspiró, sollozó, y ponderó los tormentos que hubieran atosigado todo el curso de su existencia, si con tan inhumano rigor se hubiese castigado un

crímen, á que ella habia dado inocentemente motivo, ignorando los usos de la caballería, y las leyes de la disciplina militar. «La infeliz víctima, dijo, me habria atormentado en mis sueños, y como tantas veces ha ocurrido en semejantes ocasiones, segun las historias nos dicen, su espectro no se hubiera separado de mi lado en las calladas horas de la noche. Tal era la vida desventurada que me aguardaba, y ¿quién hubiera sido la causa de tan insufrible tormento? Vos... vos, que tantas veces os habeis manifestado dócil á una mirada de mis ojos, y que sin embargo estabais decidido á ejercer un acto de venganza, no ignorando cuáles serian sus resultados.»

Todo este torrente de elocuencia femenina llevó el acostumbrado acompañamiento de lágrimas y suspiros, y el gesto, y el tono de voz de la reina, manifestaban que su resentimiento no procedia, ni de orgullo, ni de obstinacion, sino de la pena que le causaba ver el poco influjo que ejercia en el corazon de su esposo.



El buen Plantagenet se halló entonces en uno de los mayores embarazos de su vida. Procuró en vano entrar en conversacion razonada con Berenguela; mas ella le interrumpia á cada paso, lamentándose de haber perdido el afecto de quien tantas veces se lo habia jurado, y en vano tambien hubiera querido hacer uso de su autoridad, con una criatura tan hermosa, y cuya afliccion parecia tan sincera y profunda. No le quedaba mas recurso que tomar la defensiva, y asi lo hizo, combatiendo suavemente los recelos de su esposa, rogándola que se desenojase, y haciéndole ver sobre todo que era inútil recordarse de lo pasado con remordimiento y con temor de consecuencias sobrenaturales, puesto que sir Kenneth estaba vivo y sano, por la intercesion de un médico árabe, que mas que ningun otro poseia el arte de prolongar los dias de su protegido, y conservar ilesa su salud. Mas esta excusa lejos de suavizar á la reina, aumentó su exasperacion, y le dió lugar á nuevas reconven- ciones sobre la facilidad con que Ricardo

habia concedido á un curandero, á un infiel, la gracia que su esposa le habia pedido de rodillas. A estos nuevos ataques, el rey empezó á perder la paciencia, y aunque refrenó cuanto pudo su mal humor, no pudo menos de responder con gravedad y firmeza: — Berenguela, ese curandero, ese infiel me ha salvado la vida. Si esta vida tiene algun precio á tus ojos, no te ofenderás cuando sepas que el médico no quiso admitir otra recompensa que la vida del Escoces.

La reina vió que habia sacado el mayor partido posible de sus artificios, puesto que los habia llevado hasta donde su propia seguridad lo permitia.

— Ricardo, dijo, ¿porqué no me habeis proporcionado la satisfaccion de expresar á ese sabio mi gratitud? ¿Pensais que no me hubiera sido grato conocer á quien ha salvado la flor de la caballería, la gloria de la Inglaterra, el ancla de las esperanzas, y la antorcha de la vida de la pobre Berenguela?

La disputa matrimonial terminó muy en



breve á satisfaccion de ambas partes, y á fin de satisfacer en algun modo los fines de la justicia, Ricardo y Berenguela quedaron de acuerdo en echar toda la culpa á Nectabano, el cual, con su esposa Ginebra, fué condeñado á perpetuo destierro de la corte: medida á que la reina no se opuso por estar ya cansada de los chistes de aquellos personajes. El cuitado enano hubiera recibido además una buena dosis de azotes, á no haber asegurado Berenguela que ya se le habia aplicado castigo corporal. Debiendo enviarse muy en breve un emisario á Saladino, para noticiarle la determinacion que habia tomado el consejo de renovar las hostilidades inmediatamente que espirase la tregua, y queriendo aprovecharse Ricardo de aquella ocasion para remitir un regalo al soldan, en agradecimiento de los servicios de El Hakim, convinieron Ricardo y Berenguela en que los dos enanos formarian parte de aquel don, como curiosidades que por la extrañeza de sus formas y de su humor, podian divertirle en sus ratos de descanso.

Ricardo tuvo que sostener aquel dia otra lucha con un enemigo tan débil como Berenguela, á saber, con Edit de Plantagenet, á quien se propuso hablar con dignidad é indiferencia; porque aunque era hermosa, y gozaba de toda la estimacion de su primo, y aunque este tenia ya suficientes motivos para disipar sus injustas sospechas, al cabo no era ni su esposa ni su querida, y el rey no temia tanto sus reconvenciones, aunque fundadas en razon, como las de Berenguela, con ser tan aéreas y fantásticas. Habiendo deseado hablarle á parte, entró en su alojamiento, inmediato al de la reina, cuyas dos esclavas coptas habian permanecido arrodilladas en un rincon durante toda la entrevista. Edit estaba cubierta de un delicado velo negro, cuyos anchos pliegues envolvian la graciosa y elevada persona de la ilustre doncella; el resto de su trage era sencillísimo y modesto. Alzóse, cuando vió entrar al rey, hízole una profunda reverencia, y por su mandato volvió á tomar asiento. Ricardo se sentó á su lado, y Edit se mantuvo,



callada, esperando que el rey empezase la conversacion.

Ricardo, que solia tratar á Edit con la familiaridad que el parentesco permitia, quedó algun tanto confuso á tan inesperado recibimiento, por lo que se vió embarazado acerca del lenguaje de que debia usar en aquella ocasion.

— Mi hermosa prima, dijo al fin, está todavía enojada. Confíesole que han sido graves y poderosas las circunstancias que me han inducido, aunque sin fundamento real, á sospecharla de una conducta harto diferente de la que ha seguido en el curso de su vida. En este oscuro valle en que estamos condenados á peregrinar algunos años, no es de extrañar que nos extravien las sombras, y nos ofusquen la luz. ¿Será posible que no se le perdone al vehemente Ricardo una falta de este especie?

— ¿Quién puede negar perdon á Ricardo, dijo Edit, si Ricardo logra el perdon del rey?

— Querida prima, dijo Ricardo, ya esta

es demasiada gravedad. Por la vírgen nuestra señora que me asustas con ese aspecto grave y melancólico. Con ese fúnebre velo pareces una viuda, ó á lo menos una tierna amante que acaba de perder al bien amado de su corazon. Na hay motivo para tanta pena: ya debes saberlo. ¿A qué viene pues ese luto?

— Por el honor perdido de Plantagenet, dijo Edit; por la gloria borrada de la casa de mi padre.

— ¡ Honor perdido! exclamó Ricardo, arrugando la frente. ¡ Gloria borrada! Pero tú tienes licencia para decir lo que gustes, y como yo te he tratado con alguna injusticia, sin duda quieres vengarte, tratándome con sobrada dureza. Díme á lo menos cuál es la falta que he cometido.

— Plantagenet, dijo Edit, hubiera debido ó castigar una ofensa, ó perdonarla. Impropio es de su grandeza entregar hombres libres, cristianos, y bravos caballeros á los hierros de un musulman: ageno es de su condicion vender una vida á precio de una



libertad. El último suplicio hubiera sido crueldad, pero con alguna sombra de justicia; la esclavitud es tiranía descarada.

— Ya veo, amada prima, respondió el monarca, que tú eres de las que opinan que á muertos y á idos no hay amigos, y que tanto monta tener al galan lejos, como no tener ninguno. Consuélate: veinte buenos ginetes estan á mis órdenes para ir en pos del desterrado, y sacarte de tu inquietud, si acaso es depositario de algun secreto que haga necesaria su muerte, y peligroso su destierro.

— Basta de chanzas indecorosas, dijo Edit, cubierta involuntariamente de rubor. Valiera mas que te arrepintieras de haber dado rienda suelta á tu ánimo vengativo, con lo que has privado á esta gran empresa de uno de sus miembros mas útiles; has alejado de la cruz uno de sus mas intrépidos defensores; has librado un servidor del Dios verdadero á las manos de los infieles. A tu misma reputacion y buen nombre has hecho daño, puesto que no habrá quien no diga

en todo el campamento: Ricardo se ha deshecho del hombre mas valiente de su ejército por temor de que le eclipsase algun dia su fama.

— ¡Yo, yo! exclamó Ricardo, notablemente resentido. ¿Dónde está el hombre de cuya fama puede tener envidia Ricardo? Quisiera que aun estuviera en el campamento, y nos veríamos las caras. Hombre á hombre, y cuerpo á cuerpo, y dejando á parte los respetos y el esplendor de la corona, saldria á su encuentro en el campo, y viéramos entonces si Ricardo Plantagenet tiene que temer la fama ó las proezas de algun otro mortal. Edit, tú no dices lo que piensas. ¿Porqué has de ser tan injusta con quien desea conservarse en tu buena opinion tanto como en la del que mas? ¿Es acaso efecto del enojo que produce en tí la ausencia de tu amante?

— ¡La ausencia de mi amante! dijo lady Edit. Bien merece ese título quien á tanta costa lo ha pagado. Indigna era yo de su homenaje y adoracion, porque sábeta que



yo era la luz que le guiaba en la noble senda de la caballería : pero quien diga que yo he olvidado mi condicion, ó que él ha pasado de los límites de la suya, aunque tenga una corona en la cabeza, falta á la verdad, y calumnia á dos inocentes.

— Palabras me atribuyes, amada prima, dijo Ricardo, que no han salido de mis labios. No he dicho yo que hayas concedido á ese hombre otros favores que los que un buen caballero, sea cual fuere su gerarquía, puede solicitar de la princesa mas encumbrada. Pero por la vírgen, que yo sé lo que son amoríos ; que empiezan con mudo respeto y tímido catamiento ; y luego la ocasion trae consigo la familiaridad, y luego... pero de nada sirve hablar con quien se cree mas juiciosa y mas cumplida que los siete sabios de Grecia.

— Los cónsejos de mi augusto primo, dijo Edit, me serán siempre gratos, con tal de que no ofendan mi honor ni mi carácter.

— Los reyes, prima mia, dijo Ricardo, no aconsejan, que mandan.

— Los soldanes querrás decir, respondió Edit, que son los que reinan sobre esclavos.

— No es estraño, dijo Ricardo, que tanto desprecie á los soldanes, quien en tan alta estima tiene á los Escoceses : pero has de saber, Edit, que mas confiaria yo en la palabra y en la fe de Saladino, que en la de Guillermo de Escocia, no obstante el sobrenombre de Leon con que pretende ilustrarse. Ya ves en lo que han venido á parar los grandes refuerzos de hombres que tantas veces me ha prometido. Todavía he de vivir lo bastante para ver que prefieres un Turco leal, á un falso Escoces.

— Nunca jamas, respondió Edit, aun cuando el mismo Ricardo, Corazon de Leon, abrazase la falsa religion que ha venido á combatir á Palestina.

— El tiempo quizas te hara pensar de distinto modo, dijo Ricardo, y baste por ahora de Escoceses y soldanes. Nada de lo que ha pasado me estorbará aprovechar las ocasiones de serte grato.

Ricardo se retiró con aspecto apacible y